



## ***El Papa en Brasil: "La Iglesia es de los pobres"***

Fue sorprendente la visita de Juan Pablo II al Brasil entre los días del 30 de junio al 11 de julio. El gobierno militar, molesto con la activa participación de la Iglesia en los problemas sociales del país enfocaba la visita desde una óptica militar: esperaba que el gran mariscal recorriese con orden los campos de batalla, donde algunos cardenales-generales, enarbolando la bandera de los derechos humanos, favoreciesen claramente al enemigo. Desde 1964 cuando los militares subieron al poder gracias al golpe de Estado patrocinado por las multinacionales, Mons. Helder Camara fue silenciado y se le prohibió el acceso a la prensa. Los militantes de Acción Católica fueron perseguidos, presos, despedidos de sus empleos y muchos no tuvieron otra opción que el exilio. Mientras tanto, la CNBB (Conferencia Nacional de Obispos de Brasil) —que hoy congrega a los 340 obispos brasileños— jamás apoyó explícitamente al régimen militar; al contrario, cuanto más la doctrina de la Seguridad Nacional justificaba la tortura y el asesinato sistemático de los opositores al régimen, especialmente entre los años 1969-1975, tanto más asumía la CNBB la defensa de los derechos humanos y denunciaba las arbitrariedades cometidas. El cardenal Paulo Evaristo Arns, de Sao Paulo, se destacó como defensor insobornable de los prisioneros políticos y otros obispos como Mons. Pedro Casaldáliga y Tomás Balduino se convirtieron en portavoces de los campesinos e indios de la Amazonia, amenazados por la expansión del capitalismo en la zona rural brasileña.

Desde la parcial amnistía concedida por el gobierno en agosto de 1979 existe en Brasil un repliegue del aparato represivo y el surgimiento de una sociedad civil que configura un proceso cualificado como de "apertura política". Si por un lado esa "apertura" es el resultado de los intereses de la Trilateral y de la propia necesidad del gobierno de abrir espacios de actuación legal contra los opositores, a fin de evitar que actúen en la clandestinidad y mejor controlarlas, por otro lado la "apertura" fue provocada por el fortalecimiento de las luchas populares en los últimos años, sobre todo en la zona rural y en medios obreros. Incluso en los años más negros de la dictadura, la Iglesia promovió la organización popular a través de la expansión de comunidades eclesiales de base que hoy cubren prácticamente los ocho millones de kilómetros cuadrados del Brasil, son cerca de 80 mil comunidades y congregan aproximadamente dos millones de personas.

En abril y mayo de este año —en vísperas de la visita del Papa— la huelga de 42 días de 100 mil obreros metalúrgicos de ABC en Sao Paulo —el mayor centro industrial de América Latina—, puso en crisis los límites de la "apertura política". Respondiendo a las reivindicaciones sindicales con tropas, bombas, disolución de manifestaciones y capturas, el gobierno dejó en claro su compromiso con los intereses de las multinacionales y la exclusión de la clase obrera de la "apertura política". Al prohibírseles reunirse en los sindicatos y en locales públicos, los obreros metalúrgicos fueron apoyados por la



Iglesia que permitió que tuviesen sus asambleas en los templos y movilizó a las parroquias y a los fieles para recoger alimentos y recursos destinados al Fondo de Huelga. Irritado por el apoyo de la Iglesia a la huelga, el general Figueiredo, presidente de la república, dijo públicamente que "la CNBB no representa a la Iglesia" y acusó al cardenal Arns de "incitar a la huelga". El obispo de ABC, Mons. Claudio Hummes, fue denunciado por la policía política de infringir la ley de seguridad nacional.

En este clima de tensión los militares esperaban que el Papa viniera a dar un "tirón de orejas" a los obispos brasileños. Los empresarios y banqueros enviaron al Vaticano una carta con 20 mil firmas, pidiendo que retirasen al cardenal Arns de la Arquidiócesis de Sao Paulo. Por su parte las comunidades eclesiales de base temían que Juan Pablo II se prestase a una especie de sacralización del régimen autocrático del Brasil, siguiendo el itinerario sugerido por el gobierno a Mons. Marcinkus, responsable de la seguridad papal. Entre los obispos considerados como progresistas era visible el malestar causado por la confirmación de la visita: además de representar un cuantioso gasto en un país en el que el 68% de la población tiene una renta mensual inferior a los 110 dólares, se imaginaban que la Curia Romana, influenciada por los conservadores diera oídos a las innumerables quejas que llegan a Roma contra los teólogos de la liberación, las comunidades eclesiales de base y el compromiso de los católicos brasileños en las luchas sociales del país.

### El Papa es del pueblo.

Juan Pablo II llegó a Brasil como salido de las páginas de Tolstoy. Su imagen carismática, sus gestos espontáneos, la resistencia atlética inmediatamente entusiasmaron a las multitudes brasileñas que por primera vez en 16 años de dictadura militar ocuparon festivamente las calles del país. La red nacional de televisión, acompañando paso a paso al ilustre visitante, permitió que 123 millones de brasileños manifestasen juntamente su alegría, sólo comparable a las conquistas de la copa de fútbol del mundo.

En su recorrido de 12 días el interlocutor de Karol Wojtyla no fue el gobierno, no fueron los obispos, no fueron los empresarios. Fue exclusivamente el pueblo. Rechazando ceremonias oficiales, banquetes protocolarios y vistas al poder público, el Papa dio una clara preferencia a los pobres: estuvo en las favelas de Río, Salvador y Recife, con los obreros en Sao Paulo, con los pobres en Belén, con los campesinos en Recife, con los miembros de las comunidades eclesiales de base en Fortaleza y con los indios en Manaus. Los largos discursos preparados de antemano en Roma no fueron oídos por las masas que continuamente le aplaudían y le gritaban cariñosos vivas como "Joao, Joao, Joao, eis o nosso irmao", "Ei, ei, ei, o Papa é nosso Rei", "Ayer en Polonia hoy en Amazonia". Haciendo largas pausas en sus discursos Juan Pablo II dejó que las multitudes brasileñas mostrasen la larga orfandad política en que viven y manifestasen todo su entusiasmo por el hombre que, revestido de lo

sagrado, entabló con ellas un diálogo mágico, favorecido por su condición de obrero polaco.

Más importante y significativo que lo que el Papa habló en Brasil fue lo que el Papa hizo en Brasil. Sacó al pueblo a las calles en una gran fiesta nacional. Se conmovió con su miseria, hasta el punto de rezar públicamente: "Padre Nuestro, el pueblo tiene hambre". Oyó a los sindicalistas denunciar el régimen inhumano de trabajo en que viven y oyó hablar a los indios del despojo de sus tierras. Abrazó larga y afectuosamente a Mons. Helder Cámara, llamándole "mi hermano" frente a la cadena nacional de televisión. Aceptó en Sao Paulo la sugerencia del cardenal Arns y, improvisando un cambio en el programa, rechazó subirse al helicóptero que debería descender en el helipuerto del cuartel del segundo ejército, en cuyas prisiones murieron torturados innumerables brasileños.

Aunque, reafirmando la doctrina según la más pura tradición, Juan Pablo II hizo pronunciamientos pastorales que, en el contexto brasileño, tuvieron una resonancia políticamente progresista. A los intelectuales en Río les dijo que era "necesario considerar el grave estado de opresión en que se encuentran poblaciones enteras a causa de sus condiciones económicas". "Rezo para que, habiendo cada vez menos diferencias entre los brasileños por lo que se refiere al progreso y al bienestar, las oportunidades de los bienes de la cultura y de la civilización y las posibilidades de encontrar trabajo digno, tener salud y educación, educar a los hijos, se hagan cada vez más realidad en la gran familia de los brasileños", dijo en la misa celebrada en Río. A los obispos latinoamericanos, reunidos para el CELAM en Río les habló de las comunidades eclesiales de base como "una de las contribuciones pastorales más originales de la Iglesia latinoamericana. Ojalá esas comunidades continúen mostrando su vitalidad y dando frutos, evitando al mismo tiempo los riesgos que pueden correr y aquellos a los que aludía la conferencia de Puebla. Ante el hecho de radicalización ideológica que a veces ocurre y para el desarrollo armonioso de estas comunidades, os invito a asumir el compromiso suscrito. Como pastores queremos decididamente promover, orientar y acompañar las comunidades eclesiales de base". Digamos de pasada que la presencia del CELAM en Brasil pasó desapercibida para la opinión pública y sin duda fue opacada por el realce que Juan Pablo II dio a la CNBB, perseguida por el gobierno. A los

jóvenes en Belo Horizonte les dijo que "no se construye una sociedad justa sobre la injusticia". En el discurso a los obreros en Sao Paulo recalcó que "la Iglesia, cuando proclama el evangelio procura conseguir, sin abandonar por ello su papel específico de evangelización, que todos los aspectos de la vida social donde se manifiesta la injusticia sufran una transformación hacia la justicia". Aunque rechazó la lucha de clases y la violencia, el Papa reafirmó en las favelas de Río que "la Iglesia quiere ser Iglesia de los pobres", y dijo a los obispos brasileños reunidos en Fortaleza: "la pastoral social tiene que ser auténticamente brasileña sin dejar por ello de ser al mismo tiempo universal. Tiene que responder a la verdad integral en el mundo contemporáneo, tiene que tener los ojos abiertos a todas las injusticias y a todas las violaciones de los derechos humanos, tanto si se trata de bienes materiales como de bienes espirituales. Si faltara esta óptica fundamental, corre fácilmente el riesgo de convertirse en objeto de manipulación".



### Claves de lectura.

No se puede comprender adecuadamente la visita de Juan Pablo II si no se la sitúa en el contexto brasileño de agudas contradicciones sociales y bajo un régimen autocrático que persigue a la Iglesia por su compromiso con las luchas populares. Leídas fuera de este contexto las orientaciones pastorales del Papa parecerían basadas en los principios de la democracia cristiana europea, que propicia transformaciones sociales pacíficas. Su visión de Iglesia encuentra sus raíces ciertamente en su experiencia de Polonia, en la que se hizo necesaria una Iglesia fuerte para contener los ataques de un estado fuerte. Al fortalecer la fe del pueblo brasileño Wojtyla sabía que estaba consolidando a la propia Iglesia. Por ello al exigir a los obispos, sacerdotes y religiosos brasileños la abstención partidaria en materia de política, el sucesor de Pedro no supiese tal vez que en la actual coyuntura brasileña no es la cuestión partidaria lo que más preocupa a los miembros de la Iglesia, sino la opción de clase, el compromiso con las clases populares, en fin, "la

opción por los pobres" que él tanto recalcó en sus pronunciamientos y actitudes. Por eso su visita no correspondió a las expectativas de las clases dominantes de Brasil y sin duda causó malestar en el gobierno.

En su despedida Juan Pablo II repitió el refrán popular brasileño: "quem parte leva saudade". Saudade es una palabra exclusiva de la lengua portuguesa, que significa más que la simple nostalgia: es conservar vivo en el sentimiento aquello que se recuerda. Es hacer del recuerdo del pasado una esperanza del futuro. En este sentido el Papa dejó "saudades" en el pueblo brasileño. Ahora el caminar de este pueblo hacia el futuro de la liberación tendrá ciertamente la participación cada vez más activa y evangélica de la Iglesia. De la Iglesia del Papa y del pueblo.

**Frei Betto**

